

PRIMERAS EVIDENCIAS DE LA AGUADA EN LAGUNA BLANCA (DPTO. BELEN. CATAMARCA) Y LOS INDICIOS DE UNA ASOCIACION CONTEXTUAL CON CIENAGA

Daniel D. Delfino¹

Delfino, D. (1996). Primeras evidencias de La Aguada en Laguna Blanca (Dpto. Belén. Catamarca) y los indicios de una asociación contextual con Ciénaga. *Shincal. Revista de la Escuela de Arqueología de Catamarca*, 6, 213-231.

Si la pregunta, ¿dónde nos encontramos hoy, con el problema de ‘La Aguada y su dispersión’?, tuviese pretensiones de condensar las preocupaciones de quienes compartieron la problemática que nos convocó en la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca, a finales del otoño de 1995, encontrar una respuesta unívoca, sin duda resultaría más que un problema. Por una parte ‘La Aguada’ entraña **problemas de identidad**, ella ha sido considerada alternativa o complementariamente: una cultura, una entidad sociocultural, un estilo cerámico, una tradición, un fenómeno, una ideología, un momento, por lo que consecuentemente, se plantearon diversas cuestiones atinentes al origen y alcance de su contenido. Entendida en un principio bajo el influjo de una ideología extraña [por ejemplo, la consecuencia de una difusión tiahuanacota indirecta (González 1961-64)], actualmente está siendo pensada como un proceso interno de transformación social, situado localmente, desde un sustrato Formativo heterogéneo (Pérez y Heredia 1987), o también, como el complemento de ambas interpretaciones (González y Baldini 1992). Pero ‘La Aguada’ constituye asimismo, un **problema cronológico**: superados algunos inconvenientes iniciales, es considerado el referente más acabado del ‘Período Medio’, un Período que vuelve a mostrar límites cronológicos inestables. Los datos, antiguos y recientes, fueron interpretados desde diversos modelos: lo que antes fue considerado ‘Estilo Cerámico o Cultura Draconiana’, o bien ‘Cultura de los Barreales’ (o parte de él o ellas), y que conforma la ‘Cultura de La Aguada’, más recientemente se está presentado como el contenido del ‘Período de Integración Regional’. Todas estas situaciones no hacen más que evidenciar la propia dinámica de la ciencia. Por ello, ambos problemas (el de identidad y el cronológico), se constituyen en la razón de buena parte de las preocupaciones y los debates actuales.

Nuestro interés en el ‘problema de La Aguada’, surge del trabajo que venimos desarrollando desde hace algún tiempo en Laguna Blanca (Dpto. Belén), un lugar de la Puna catamarqueña.

Cuando en el afán de familiarizarnos con los antecedentes de las investigaciones desarrolladas en el Distrito de Laguna Blanca consultamos la bibliografía disponible, nos llamó la atención el hecho de que en estos trabajos no se mencionaba, o directamente se negaba la existencia de evidencias “Aguada” en el Distrito. Esto resultó particularmente notable al considerar la proximidad geográfica con el sitio de La Aguada (sitio que por su intensidad habría posibilitado una caracterización prototípica). La presunta ausencia de huellas de contacto, nos despertó curiosidad. ¿Porqué el registro arqueológico que denotara lo Aguada en Laguna Blanca resultaba esquivo, si el sitio La Aguada (en Hualfín), se hallaba a menos distancia que el sitio tipo definido para ‘Ciénaga’ (entidad que sí estaba fuertemente representada en nuestra región)? Por otra parte, se habían presentado evidencias de La Aguada en algunos lugares próximos a Laguna Blanca tales como Corral Quemado y Villa Vil, y también en sitios puneños mucho más distantes como Antofagasta de la Sierra y Tebenquiche, e incluso, se había propuesto una proximidad estilística con objetos arqueológicos hallados en el oasis de San Pedro de Atacama (Berenger 1984; Llagostera 1995).

¹ Docente-Investigador de la Escuela de Arqueología. Universidad Nacional de Catamarca.

Todo esto nos resultaba sumamente interesante y estimulante. Por ello prestamos particular atención a la aparición del más mínimo indicio que de cuenta de lo ‘Aguada’ en Laguna Blanca, ya que, de haber seguido confirmando su ausencia los cuestionamientos ineludibles hubieran sido, ¿porqué la gente que formó parte de esa sociedad se abstuvo de dejar huellas de su presencia en una geografía tan próxima al sitio epónimo? o, por el contrario, ¿serían los habitantes de Laguna Blanca de aquel tiempo que se resistieron a esta alternativa?. También estas situaciones entrañaban una preocupación atractiva.

Antes de presentar la información que hemos recabado, creemos conveniente pasar a caracterizar el territorio que nos ocupa, y revisar los antecedentes de investigaciones arqueológicas en Laguna Blanca.

Antecedentes generales sobre Laguna Blanca:

En la región oeste de la provincia de Catamarca, en el norte del Departamento Belén (entre los 66° 27’ y 67° de longitud oeste y los 26° 15’ y 27° de latitud sur), se localiza el Distrito de Laguna Blanca. El mismo se extiende por el oeste hasta la Sierra de Laguna Blanca; al sur hasta las estribaciones de la Sierra del Culampajá (Vicuña Pampa); al este lo limitan las serranías de Chango Real, Hombre Muerto y Zuriara; finalmente, se extiende por el límite norte hasta la Laguna de Aparoma ².

Los rasgos más conspicuos del Distrito son: una pampa de altura, ubicada por encima de los 3.200 m.s.n.m., y la Sierra Laguna Blanca (con el cerro homónimo de 5.946 m. de altura -de acuerdo a la carta topográfica del I.G.M.-). Esta pampa es una cuenca endorreica de forma alargada. “La dirección general de esta depresión extensa es norte-sur, con una longitud máxima de 30 km. y un ancho correspondiente de 18 km.” (Turner 1973:15). En posición centro-meridional se encuentra la denominada Laguna Blanca ³.

Cabrera y Willink (1973 :87-89) con criterio biogeográfico, sitúan la zona en el Dominio Andino-Patagónico y dentro del mismo en la Provincia puneña ⁴.

² Consideramos el límite político propuesto desde Catastro Provincial, distinguiendo el Distrito de Laguna Blanca con tres jurisdicciones (la Jurisdicción homónima, la de Corral Blanco y la de Aguas Calientes). La delimitación de la zona de estudio se corresponde aproximadamente con el Distrito, incluyendo además, la zona de Vicuña Pampa.

³ Nombre que recibe por la coloración que adquieren las aguas como producto de las sales que contiene y los depósitos de su fondo poco profundo.

⁴ Somos conscientes que podríamos haber utilizado muchos otros criterios para ‘clasificar’ al Distrito, como perteneciente a la Puna. Es interesante notar que, en general se acentúa la idea de la carencia de un acuerdo unívoco sobre los criterios que deberían ser empleados para producir una definición de alcances suficientemente consensuados para referirse a la Puna y, sobre todo, ¿cuál sería la extensión de esta definición?. Este tema ha sido tratado desde distintas perspectivas disciplinarias, desde las cuales han surgido numerosos criterios. Incluso (para sumar desacuerdo), aún cuando se aplican muchos veces los mismos criterios en términos de extensión, éstos no son coincidentes entre sí en las Repúblicas del Perú, de Bolivia y de Argentina. Así por ejemplo, para Cárdenas (como para otros autores): “*Es sobre todo la altura el elemento geográfico que define la Puna*” (1968:4), aunque no hay coincidencia en el establecimiento del piso altitudinal mínimo. Cárdenas propone los 3.500 metros como el límite inferior. Para Difrieri (1958:367), el límite de la Puna está dado por una altura superior a 3.200 metros. Feruglio (1946) dice:

“*El fondo de cuencas, sembrado de salares y salinas, se mantiene por lo general entre 3.346 m. (Salar de Antofalla) y 4.000 m. y sólo en dos de ellos (cuencas de Carachipampa al SSW de Antofagasta y el bolsón de Laguna Blanca, en la esquina S.E. de la Puna) baja a 3.200 m.*”.

El clima en esta región de la provincia de Catamarca, es seco y frío, con lluvias estivales que oscilan entre 450 mm. a menos de 50 mm.; con un promedio para el Distrito de entre 100 a 250 mm. (Cajal 1988). La vegetación dominante es la estepa arbustiva, su composición es bastante uniforme. Es frecuente en la región, la presencia de 'ciénagas' (vegas) con agua proveniente de vertientes, ellas posibilitan el asentamiento de las poblaciones humanas (y en cierto modo también lo restringen), ya que son elegidos como fuente de agua y pastos para el ganado.

La población del Distrito es de 542 personas, correspondientes a 99 unidades domésticas. Hasta fines de la década de los '70, la comunidad estuvo sujeta a un notorio aislamiento (Cruz 1967) de los circuitos de comercialización capitalista, lo que se manifestó en la "*autosuficiencia con respecto al consumo (de alimentos y vestidos de acuerdo al uso local), y no recepción de prácticamente ningún tipo de servicio exterior ni de los medios de comunicación masivos*" (Forni *et al.* 1986). En la Jurisdicción de Laguna Blanca, la situación fue revertida parcialmente por la construcción en 1979, de la Ruta Provincial N° 43 que cruza por la porción sur de este bolsón (uniendo Barranca Larga con Antofagasta de la Sierra). Casi simultáneamente se crearon más de 20 puestos de trabajo en el sector público, por el interés del Gobierno de la Provincia de Catamarca de establecer en el Distrito, una "Reserva Natural de Vida Silvestre" (admitida por la UNESCO bajo el Programa MAB), lo que trajo aparejado una mayor comunicación con la capital catamarqueña, el asentamiento de familias de localidades 'abajañas', además de la asidua presencia de comerciantes.

La mayoría de los residentes son pastores de altura (Flores Ochoa 1977) en hábitat disperso. Las llamas constituyen el ganado más representativo de la zona junto con cabras y ovejas. El hilado y el tejido son actividades cotidianas, que posibilitan un 'rápido' ingreso de fondos. Los pobladores ubicados en las franjas altitudinales más bajas, complementariamente recurren a la horticultura de subsistencia (Horkheimer 1990).

Antecedentes Arqueológicos:

Las primeras informaciones surgidas de un interés por lo arqueológico se remontan al primer cuarto de este siglo. En 1923 y 1924, Vladimiro Weiser llegó al Distrito de Laguna Blanca, a cargo de las Vª y VIª Expedición Arqueológica (patrocinadas por Benjamín Muniz Barreto). En sendas incursiones excavó alrededor de cien tumbas, y registró una parte de las pictografías y petroglifos de la región.

En 1954, Alberto R. González realizó un primer reconocimiento del área, volviendo al año siguiente en una expedición comisionada por la Sociedad Argentina de Americanistas. Dicha expedición estuvo integrada además por Armando R. Bazán, Julián Cáceres Freyre, Ramón R. Olmos, Mariano Pagés y Federico E. País, quienes estaban interesados en temas antropológicos, etnográficos, lingüísticos e históricos. Durante esta expedición se llevó a cabo una excavación arqueológica de dos "casas-pozo", determinando que las mismas correspondían a "la facie de la Ciénaga" (González 1955:21).

Casi 30 años después, a principio de los '80, Ma. Ester Albeck y Ma. Cristina Scattolín (1984) prospectaron la zona para ajustar su estudio con fotografías aéreas, registrando en un mapa muchas de las principales áreas arqueológicas. Así también en 1989, Carlos A. Aschero, Mercedes M. Podestá y Dolores C. Elkin visitaron los sitios de Corral Blanco y Potrerito, conocidos por sus manifestaciones de 'arte rupestre' (Podestá *et al.* 1991).

En 1992 comenzaron nuestras investigaciones etnoarqueológicas en Laguna Blanca, tendientes a conocer las relaciones entre las unidades domésticas, los sistemas de asentamiento y la producción agrícola (Delfino 1993; 1995b); también desde ese entonces venimos prospectando y

registrando gran cantidad de sitios arqueológicos, y más recientemente iniciamos las excavaciones en el sitio **Piedra Negra 2**.

Las referencias al Precerámico para Laguna Blanca han sido sumamente exiguas. González (1955, 1957) menciona la existencia de una “*industria precerámica de Laguna Blanca*”, la que se “*caracteriza por hojas y cuchillos, finamente retocados en ambas caras*” (1955:13). En la Jurisdicción de Aguas Calientes, sobre el Río Las Cuevas, localizamos un abrigo rocoso al que los lugareños denominan **Cueva de La Salamanca** (3.750 m.s.n.m.). Posee pictografías en dos tonalidades de rojo en el techo y paredes (Delfino 1995a). Comprobamos que había sufrido una remoción intencional debida a huaqueros, y en la zona alterada, practicamos un sondeo exploratorio. Frente a la total ausencia de material cerámico, recuperamos entre otros restos arqueológicos, artefactos líticos; varias cuentas de collar; fragmentos de cordelería y de cestería; finalmente varios huesos astillados de camélidos y chinchillidos. En Vicuña Pampa, a más de dos días de mula de Aguas Calientes, hallamos otra cueva que presenta características pictóricas semejantes a la antes descripta. **La Cueva de Chuculay**, ubicada a 3.490 m.s.n.m., posee dimensiones considerables, con una profundidad de 14,50 m., un ancho de 19 m. y una altura de 5,30 m. En ella se practicó un sondeo exploratorio dando por resultado, la total esterilidad arqueológica. Hasta la fecha, los únicos indicios culturales ciertos, están representados en sus muros. Sin embargo, debido a que presenta una notoria similitud técnico-estilística con las manifestaciones rupestres de La Cueva de La Salamanca, sospechamos de que pueda trazarse una correspondencia cultural.

De la bibliografía consultada (ver Albeck y Scattolín 1984; González 1954, 1955, 1957, 1959, 1960, 1963, 1961-1964, 1980; González y Pérez 1966, 1976), se desprende que en la zona hubo una presencia importante de sociedades agrícolas, principalmente en el Período Agro-alfarero Temprano o Formativo, según se deduce a partir de entidades culturales y conjuntos cerámicos correspondientes a Condorhuasi, Ciénaga y una cerámica Negra Pulida (o negro lustroso) muy abundante, que por “guardar algunas semejanzas formales” (González 1955:25; 1959:189; 1960:315) se la ha asociado con materiales pertenecientes a la Cultura Candelaria, o también, “con el área Atacameña chilena” (*op.cit.*).

Para la “Subárea de la Puna Sud” (en la que según González se ubicaría el Bolsón de Laguna Blanca) no hay referencias en las que se indique la existencia de materiales correspondientes al Período Agro-alfarero Tardío o de Desarrollos Regionales. Esta parte de la Puna no habría estado ocupada por “las culturas Belén y Santa María” (González 1960:315), y: “*Sólo en momentos más recientes aparecen típicos elementos de influencia incaica*” (*op. cit.*). También R. Raffino (1982) menciona la existencia de ocupación incaica. Por nuestra parte, se han detectado varias estructuras arquitectónicas e indicadores culturales que presumiblemente corresponderían a este momento (Delfino 1995c). Finalmente, no existen noticias de hallazgos correspondientes a los Períodos Hispano-Indígena y Colonial.

Después de comprimir (tal vez en demasía) los datos referentes a los antecedentes de las investigaciones en Laguna Blanca, así como sus resultados, es tiempo de entrar de lleno al tratamiento del problema que nos ocupa, es decir, la llamada entidad sociocultural de La Aguada.

El problema de Aguada en Laguna Blanca:

Posiblemente la primera mención a este momento la encontramos en las libretas del propio Vladimiro Weiser. Refiriéndose en términos generales a los motivos rupestres y a las representaciones modeladas de las piezas cerámicas sostuvo en un pasaje que:

“Las figuras de las peñas grabadas y algún ídolo más, hacen sospechar que esta región es puramente draconiana” (Diario de la VIª Expedición Arqueológica fechado por Weiser, 28 y 29 de febrero de 1924. El subrayado no consta en su libreta).

Casi con seguridad, podríamos pensar que las alusiones de Weiser al estilo cerámico o cultura draconiana, estaban dirigidas a resaltar al componente ‘Ciénaga’ dentro de lo draconiano. Efectivamente, gran cantidad de restos cerámicos, así como buena parte de los motivos logrados en los múltiples frisos rocosos (por ejemplo, los de Peñas Pintadas, Corral Blanco, Potrero, etc.) podrían ser asociados estilísticamente a manifestaciones Ciénaga. Sin embargo, algunos otros no pueden ser encuadrados fácilmente en tal determinación. Por su parte, Ana Ma. Lorandi al caracterizar en su Tesis Doctoral (1966) la “Ubicación contextual y cronológica del Estilo I”, al respecto expresa:

“[...] estas manifestaciones de arte rupestre pertenecieron a facies y culturas del último momento del período temprano y comienzos del medio” (González, 1963).

“Estas culturas o facies son: Ciénaga II, Condorhuasi, y Aguada” (Lorandi 1966:150).

Tomando los “grabados inéditos” de Laguna Blanca por representativos del Estilo I, nos dice:

“El problema fundamental en este sitio (de Laguna Blanca), consiste en establecer el origen de los caracteres draconiformes de los grabados. Este motivo es, como sabemos el tema central de la cultura Aguada [...]” (op. cit.: 150-151).

Sin embargo en su consideración final sostiene:

“Todo esto nos permite concluir que los elementos draconiformes observados en los grabados de Antofagasta de la Sierra (⁵) deben ser incluidos sin lugar a dudas dentro del contexto de la facies Ciénaga II” (op. cit.: 51).

Prosiguiendo con el tratamiento de los antecedentes referidos a “la Cultura de La Aguada”, quien ahora nos ocupa es A. R. González. En un artículo publicado en 1963 encontramos una referencia particularmente interesante:

“Un hecho curioso es que en San Pedro de Atacama han aparecido típicos fragmentos de Aguada Pintado, los que sin embargo, no se han hallado en Laguna Blanca. Probablemente se trata de una falta de información por escasez de trabajos de campaña. Es difícil suponer un comercio directo sin etapas en una zona intermedia como es Laguna Blanca y no dudamos que se hallarán en el futuro” (González 1963:60).

Queremos destacar en esta cita que, apoyándose en un modelo regional de interacción, más en la posibilidad de estar ante “problemas de muestreo” le permitieron vaticinar al autor acerca de un futuro estado de situación para Laguna Blanca.

⁵ Puede decirse que cuando Lorandi se refiere a Antofagasta de la Sierra, por extensión lo está haciendo a Laguna Blanca:

“Hemos integrado los elementos del arte rupestre con culturas que se manifiestan en las regiones estudiadas. En el caso de Antofagasta, extendimos los estilos sin tener por base una secuencia local, pero utilizamos la de Laguna Blanca, de acuerdo al criterio de que ambos sitios pertenecen a una misma región” (Lorandi 1966:149-150). *“Ya que Laguna Blanca es un sitio cercano y mucho más conocido y que los grabados inéditos del lugar ofrecen los mismos motivos que los de Antofagasta de la Sierra, haremos referencia a esa región para completar nuestros conocimientos de este último”* (op.cit.: 150).

Sin embargo, las dudas respecto de la presencia de ‘Aguada’, volvieron a preocupar a González en otras oportunidades. Así por ejemplo en un trabajo posterior sostenía:

“[...] es evidente que esta cultura [la de “La Aguada”] tuvo por hábitat el área de bolsones y valles no superiores a los 2.500 m. de altura s.n.m.; que no habitó las áreas más bajas y boscosas de la zona aledaña a aquéllos, ni las más altas de los primeros escalones de la Puna” (González 1961-1964:209. El subrayado no corresponde al original).

Unos años más tarde, González y Pérez señalaban que:

“[...] algunos oasis puneños estuvieron ocupados por poblaciones horticultoras en el Período Temprano, como por ejemplo Laguna Blanca y Tebenquiche. Es muy probable que dicha ocupación continuara en el Período Medio, en los escasos sitios donde las condiciones ambientales permitieron los típicos cultivos altiplánicos” (1976:79).

Y en otra parte del mismo trabajo explicitaron:

“En el Período Temprano indicamos los elementos hallados en los oasis de Laguna Blanca (Catamarca) y Tebenquiche. Con respecto al Medio no teníamos referencia alguna” (op. cit.: 97. El subrayado no aparece en el original).

Posteriormente, en el acápite sobre arte rupestre del N.O.A. (del libro Arte Precolombino de la Argentina), González dice:

“Este estilo [refiriéndose al Estilo I, figurativo fantástico o de Laguna Blanca] ha sido atribuido a las culturas Condorhuasi, Ciénaga y Aguada. En base a hallazgos recientes de muestras de arte rupestre inconfundiblemente Aguada realizados en la sierra de Ancasti, creemos que es necesario descartar a esta última cultura como autora del estilo I. Este debe corresponder a las culturas Condorhuasi, Ciénaga y Tafí o a las culturas emparentadas con ellas, especialmente con la última. Las influencias de Aguada serían mínimas o bien se deberían a la presencia de elementos comunes compartidos con las culturas antes mencionadas: ya veremos que muchos motivos de la iconografía de Aguada ya existían en las culturas que la precedieron, especialmente Ciénaga. Por otra parte, Aguada no aparece en sitios donde el estilo I está bien representado, como en Laguna Blanca o Antofagasta de la Sierra; viceversa, lugares con gran abundancia de restos arqueológicos de Aguada no contienen rastros del estilo I” (1980:375-376. El subrayado no consta en el original).

Otra de las alusiones al tema la hallamos en el “Atlas Arqueológico de la Provincia de Catamarca” encargado por la Dirección Provincial de Cultura de Catamarca a José Togo en 1979; quien expresa en la descripción de la ficha N° 156:

“En toda Laguna Blanca, grandes extensiones de recintos de siembras en los conoides, aproximadamente entre 30 y 40 Has. Diseminados entre ellos se encuentran las viviendas, por lo general de planta circular aisladas o dispuestas en grupos de 2 a 4. Hay cementerios con entierros de adultos con ajuar fúnebre; la cerámica encontrada corresponde a Condorhuasi, Ciénaga, Tebenquiche; Aguada, etc. Asignación cultural: Culturas del Período Temprano y Medio. Período: Agroalfarero Temprano y Medio” (op. cit.: 52).

Finalmente la última referencia a la cuestión sobre la presencia Aguada en Laguna Blanca, la encontramos en un artículo de Albeck y Scatollín:

“No se han hallado en Laguna Blanca evidencias arqueológicas correspondientes al período Medio del Noroeste Argentino que está representado en la Subárea valliserrana por la cultura de la Aguada” (1984:299).

Después de recorrer 60 años de historia de investigaciones en Laguna Blanca, da la impresión que esta cuestión mostraba aristas ambiguas. Exceptuando las controversias respecto a la

asignación de algunos motivos de ‘arte rupestre’, las evidencias arqueológicas (de encontrarse) nunca fueron presentadas.

Sin embargo, cabe destacar la afirmación de ciertas conjeturas sobre la presencia Aguada en Laguna Blanca, presunciones que se habían reiterado en los casos en que los datos fueron conjugados en un marco regional de relaciones. En este sentido, cabe recordar las palabras de González (citadas *supra* 1963:60) así como los argumentos de dos modelos interpretativos de contactos en la Puna. Uno de ellos referido a la movilidad giratoria de grupos caravaneros [Núñez A. y Dillehay (1979) 1995] y el otro, una interpretación sobre la historia de los pueblos circumpuneños (Tarragó 1984). En términos generales coincidimos con ambos modelos. Los oasis puneños (entre ellos Laguna Blanca) pudieron cumplir las veces de nodos relacionales, en un campo mayor de sentido (productivo/simbólico); estos núcleos sedentarios debieron articularse diferencialmente en el tiempo según formas particulares de relación (social, política, ideológica, productiva complementaria, etc.).

En el planteo de la movilidad giratoria a partir de grupos caravaneros, Lautaro Núñez A. y Tom Dillehay han sostenido que el devenir histórico de los Andes Centro-Sur, podría ser explicado apelando a una situación armónica entre núcleos agrícolas sedentarios encargados de proveer excedentes previsibles de producción, relacionados entre sí mediante grupos móviles de economía ganadero-caravanera. La movilidad inter-ejes de estos grupos caravaneros, habría permitido articular espacios productivos distantes (tales como el Litoral Pacífico y las Selvas Orientales), dando lugar a una gran flexibilidad geográfica y ecológica entre las comunidades de la región, contactando grupos de diferentes status étnico y productivo. De acuerdo a los autores, la región Valliserrana y los oasis de San Pedro de Atacama estuvieron en contacto a través de Laguna Blanca durante los momentos Ciénaga, Condorhuasi (Núñez A. y Dillehay, 1995:86) y La Aguada (*op. cit.*: 106).

Por su parte Myriam Tarragó, dando cuenta de la dinámica de las relaciones interzonales entre la Puna y sus bordes e incluyendo además, a las Subáreas Valliserrana, Selvas Orientales y a la Faja Costera del Pacífico; articuló en su interpretación patrones de alta movilidad mediante trashumancia a corta y larga distancia durante épocas preagrícolas, combinando formas de control (macro y microvertical) con el tráfico caravanero. Como parte de su modelo determinó cuatro corredores que habrían operado desde el primer milenio A.C. hasta el siglo X D.C. Uno de estos “ejes” (o “callejón de interacción”) habría funcionado cuando:

“se configuró en el siglo VII el fenómeno de integración cultural representado por Aguada” (Tarragó 1984:126); conectando *“en sentido longitudinal los desarrollos de los Oasis de Atacama con sus contemporáneos al interior de los Andes Meridionales, Tulo-Chaputchayna-Tebenquiche-Laguna Blanca-Hualfín”* (*op.cit.*: 119).

Según puede apreciarse, basados en la aplicación de concepciones regionales de interacción, la conjunción de Laguna Blanca y La Aguada, era posible o en todo caso esperable. Por esta razón la relación fue postulada en varias ocasiones.

Nuevas evidencias:

Como se ha dicho al comienzo, se prospectó buena parte del Distrito de Laguna Blanca y ello ha dado por resultado la reunión de un conjunto de datos nuevos (lo que también abrió la posibilidad de reinterpretar otros ya conocidos).

Los primeros indicios respecto de evidencias ‘Aguada’ los obtuvimos a partir de algunas recolecciones superficiales en el sector de La Falda (correspondiente a La Falda 1 en la sectorización de Albeck y Scattolín -1984:287). Hemos mapeado una parte de las concentraciones residenciales, los sitios **Piedra Negra (1 a 7)**, ubicados a una altitud promedio de 3.392 m.s.n.m. y los canchones de cultivo del sector.

Este sistema de asentamiento está formado por un conjunto de bases residenciales agrupadas (los sitios **Piedra Negra**), distantes entre sí de 50 a 100 m., distribuidos entre los numerosos canchones de cultivo. Entre las bases residenciales se pueden apreciar fuertes semejanzas, tanto en sus características constructivas (materiales y técnicas empleadas), como en la concepción arquitectónica en relación al paisaje. Así las bases residenciales fueron resueltas agrupando por lo común, más de tres recintos cuya forma de planta es subcircular. Los recintos fueron construidos con piedra y presentan diversos tamaños. Los de mayor tamaño (más de 11 m.) por lo general aglutinan a los de menor tamaño; generalmente contienen implementos de molienda de considerables dimensiones, algunos de ellos para usos múltiples. La impresión general es que estos espacios posibilitaron la realización de actividades comunales, y que debido a sus dimensiones habrían podido officiar como ‘patios’ (muy probablemente carentes de techumbre). La planta de los recintos de menor tamaño fluctúa entre 3 y 7 m. de diámetro, aunque excepcionalmente pueden alcanzar los 10 m. En cuanto a la disposición de los entierros (a juzgar por las cistas abiertas), se habrían ubicado principalmente a los lados de los pasillos que conectan los recintos mayores con los menores. Probablemente estos sistemas de asentamiento (de bases residenciales agrupadas) dieron paso a un nuevo tipo de relación social: la relación de vecindad rural, conformando un grupo residencial comunitario del tipo aldeano agrícola. Por su parte los numerosos recintos para siembra ⁶ que complementan las concentraciones residenciales se los encuentra escalonados en el piedemonte, formando conjuntos contiguos; fueron construidos mediante muro simple de piedra, adoptando formas irregulares, angulosas.

Luego de realizar el levantamiento planimétrico de los sitios, efectuamos recolecciones superficiales intensivas. De acuerdo al análisis tipológico preliminar, resultó evidente la predominancia de restos cerámicos clásicamente asignables a la entidad sociocultural Ciénaga, y en proporciones menores, otros conjuntos cerámicos (Condorhuasi, Candelaria, etc.). También en superficie hallamos restos de material cerámico que por su resolución técnica e iconografía se correspondían a La Aguada del Sector Occidental (González 1980:204) o Septentrional (*op. cit.*:180).

Posteriormente planteamos la excavación estratigráfica de dos recintos (“A” y “B”) pertenecientes al sitio **Piedra Negra 2**. Dichos recintos presentan forma subcircular y fueron construidos con paredes de piedra según hiladas simples con aparejos rústicos. Con la excavación se pudo determinar que la resolución de los mismos implicó la remoción de tierra para lograr el nivel negativo en su interior (detalle constructivo que nos recuerda las descripciones de casas pozo y semi-pozo); al contrario de lo esperable, el ‘piso de ocupación’ fue excavado varios centímetros por debajo de las fundaciones. Así también se pudo apreciar que los cimientos se lograron a partir de una primera hilada de grandes piedras (de mayor tamaño que las empleadas en las hiladas superiores que forman los muros), asentadas directamente sobre el sedimento natural.

Al comparar los dos recintos pueden señalarse algunas diferencias arquitectónicas. El recinto “A” tiene un diámetro interno promedio de 4,50 m.; posee un único pasillo deflector (orientado en dirección Norte-Sur) que comienza en dos rocas de gran tamaño (jambas), en él yacen también dos escalones para contrarrestar el desnivel. La superficie actual exterior al recinto se halla a 1,31 m. por encima del nivel mínimo interior de nuestra excavación, la altura interna promedio (desde la parte superior de la pared hasta el “piso de ocupación”) es de 1,86 m.

El recinto “B” tiene un diámetro interno promedio levemente inferior al anterior (es de 4,25 m.) y a diferencia del “A”, presenta dos pasillos de comunicación (uno orientado según norte-sur y el otro sudoeste-noreste). Posee además un receptáculo rectangular adosado, que en parte ha sido logrado aprovechando porciones de otras estructuras arquitectónicas (uno de sus lados comparte una porción de la pared del recinto, en otro de sus lados se empleó parte de una de las paredes del pasillo descrito en segundo lugar). La superficie exterior al recinto se halla a 0,50 m. por encima del nivel interior del

⁶ La determinación de estas dos categorías, canchones de cultivo o recintos para siembra y bases residenciales, resulta de la posibilidad de registrar un conjunto de diferencias como la concentración de artefactos en superficie (implementos de molienda, fragmentos óseos y cerámicos, material lítico, etc.), así como por los tamaños, las formas y la relación de los recintos entre sí.

mismo. En el interior, la altura promedio desde la parte superior de la pared hasta el piso arqueológico es de 0,75 m. El nivel negativo del piso de este recinto pone en evidencia la técnica constructiva; también fue excavado en el sustrato natural, pero debido a que el sedimento contenía abundantes guijarros, la superficie horizontal lograda le confirió la apariencia de un piso empedrado.

Los trabajos arqueológicos realizados implicaron el registro tridimensional de los hallazgos, el tamizado de los sedimentos, y la toma de distintos tipos de muestras (para análisis sedimentológicos, de pH y de fosfatos, de carbón para datación) también se recuperaron muestras para análisis arqueobotánico por medio de flotación de sedimentos. Entre otros restos arqueológicos se hallaron artefactos confeccionados en hueso, así como varios objetos de metal, y también abundante material lítico en distintas materias primas, y gran cantidad de tiestos. Hasta la fecha los hallazgos obtenidos en estratigrafía, confirmaron en líneas generales lo que señaláramos más arriba respecto a la predominancia de tiestos asignables a la entidad sociocultural Ciénaga.

Sin embargo, en asociación contextual con los anteriores, cabe destacar la presencia de varios fragmentos correspondientes a tipos definidos para la entidad de La Aguada. En este conjunto de tiestos se incluyen un tipo gris con decoración incisa, y otros pintados, asignables a la “*descripción básica original*” (González 1980:204) para el valle de Hualfín; otro grupo de tiestos hallados se corresponderían al tipo negro pulido con decoración grabada, los que podrían ser contenidos en los conjuntos definidos para la entidad en el Sector Oriental (*op. cit.*:180), o también conocidos como “Aguada Ambato”.

Así también, en algunas manifestaciones rupestres podría apreciarse la influencia iconográfica que distingue a “Aguada”. Uno de estos sitios, es la impactante pictografía que halláramos en prospecciones anteriores (Delfino 1995a), y que los *lagunistos* denominan **El Diablito** (ubicada a 3.635 m.s.n.m.). En esta composición se han representado dos personajes antropomorfos, realizados con pintura polícroma (rojo oscuro, rojo claro, beige, gris, amarillo ‘mostaza’ y blanco), y además completaron su resolución aprovechando dos clastos negros incluidos en la matriz granítica. Uno de los personajes está ubicado en posición inferior, posee una especie de máscara lograda a partir de un rectángulo subcuadrado desde donde parten cuatro apéndices, dos de ellos hacia cada lado que figurarían las ‘orejas’, y otros dos más finos partiendo hacia arriba. Dentro del rectángulo, y a partir de líneas simples se habrían representado los ‘ojos’, la ‘boca’ y la ‘nariz’. El límite entre la ‘máscara’ y el tronco fue señalado mediante una línea roja, de la que parte, hacia abajo, otro pequeño rectángulo alargado en sentido vertical (‘pectoral’); en la parte centro-inferior del cuerpo, se halla uno de los clastos mencionados. Este personaje fue realizado en posición especular con relación al observador, con los ‘brazos’ alzados ⁷. El otro personaje un tanto más arriba, de aspecto longilíneo, apoya su extremidad superior sobre la ‘cabeza’ del antes descrito. Las líneas que lo conforman sugieren una representación de perfil. La parte superior de este motivo remata en un gran clasto que figuraría la ‘cabeza’ y en su interior, un círculo blanco, a modo de ‘ojo’.

En esta comunicación también queremos destacar uno de los motivos del sitio **Pantanito** ⁸ a 3.440 m.s.n.m., sitio que otras veces ha sido referido en forma genérica como **Potrero** o **El Potrero** [véase las fotos y libretas de Weiser (1923); González (1980:372-373); País (1955:3); Olmos (1992:28-29), y Podestá *et al.* (1991:450)]. Se trata de un petroglifo en el que se representó un felino bicéfalo de fauces acentuadas. Este felino de perfil, fue orientado horizontalmente, sus ‘garras’ extendidas dan casi una idea de movimiento y le confieren una actitud rampante ⁹. Aunque todavía nos falta realizar un análisis contextual en profundidad, deseamos destacar las características de este motivo ya que su figuración lograda a partir de formas redondeadas, abre una brecha con cualquier idea de quietud, rompiendo con la noción rectilínea de espacio que parece definir a Ciénaga.

⁷ La orientación seguida para las descripciones en todos los casos fue planteada, desde un observador que se ubica de frente a las representaciones, en un lugar central a los frisos.

⁸ Muy probablemente Weiser también pudo observarlo, pero habiendo quedado bajo la caracterización cobertora de “estilo o cultura draconiana”, quizás no despertó en él un interés particular.

⁹ Este motivo se correspondería al tipo 3 de composición definido por Florencia Kusch (1991:15).

Algunas consideraciones para el final:

La instancia preliminar en la que se hallan nuestras investigaciones respecto de este conjunto de evidencias sobre “Aguada”, todavía no nos permite avanzar en predicados que aclaren el sentido de estas “presencias”. Para ello va a ser necesario ampliar aún más la información general sobre la problemática, y en particular, se deberá profundizar su relación con la Puna. Laguna Blanca puede ser un oasis pero obviamente no es una isla. Tal vez por ello, según intentamos mostrar, sólo en los casos en donde el punto de partida implicó una idea de contexto transregional se pudieron llegar a esbozar hipótesis optimistas respecto de la presencia Aguada en Laguna Blanca (en los demás casos, por lo general la prudencia prestó el argumento para la posibilidad de un futuro sin ausencias).

Aún no poseemos elementos de juicio suficientes como para entender si el sentido de Aguada en Laguna Blanca podría resultar asimilable al que adquirió en los procesos que pudieron darse tanto en Hualfín como en Ambato; por el momento, parece que su expresión no alcanzó o no pudo alcanzar un status de masividad, con intensidad comparable a la que manifestó en los lugares antes mencionados. Tanto por la proximidad geográfica con el valle de Hualfín como por la preponderancia en la semejanza tipológica con algunos de los grupos cerámicos descriptos para La Aguada del Sector Septentrional, podríamos pensar a Laguna Blanca bajo este influjo. Sin embargo, también dimos cuenta del hallazgo de algunos tiestos que se corresponderían a los tipos más característicos de “*la denominada facie La Rinconada*” (*sensu* González y Baldini 1991:28). Así, si el material cerámico “negro de superficie pulida con decoración grabada” que hallamos en capa, responde inequívocamente en la adscripción que efectuamos al conjunto Aguada del Sector Oriental, esperamos en un futuro poder responder, entre otras cuestiones, si fué el resultado de una producción local o, por el contrario, estos objetos fueron efectivamente traídos desde, por ejemplo, el Valle de Ambato¹⁰. Sin duda la resolución de estos interrogantes podrían aportar algunos elementos de interés, para la problemática de una posible Integración Regional. Por de pronto, el estudio de la integración desde “los márgenes”, con la posibilidad de percibir diferentes intensidades, podría aportar matices singulares. Así, desde este otro contexto, las preguntas tendrían que dirigirse a tratar de determinar en que medida esta integración implicó una aceptación necesaria de una “ideología Aguada”, o si sólo se limitó a una relación productiva complementaria. También puede resultar legítimo indagar sobre posibles diferencias entre los distintos grupos humanos que se encontraron en esta supuesta integración, en ese caso incluso, ¿qué sectores de la sociedad pudieron ser los artífices de tal integración?

Respecto de los frisos del sitio **Pantanito**, sólo se ha descripto puntualmente el motivo del felino bicéfalo, que de acuerdo a sus características lo consideramos participando del corpus iconográfico de La Aguada. Sin embargo debemos dar cuenta también de muchos otros motivos que forman parte del sitio y que podrían quedar incluidos dentro de Ciénaga, según el conjunto de rasgos que lo tipifican. Como es dable suponer, la asociación contextual entre ambas entidades fundadas exclusivamente en representaciones rupestres, sería fácilmente objetable. Pero por otra parte presentamos los datos provenientes de una excavación en la que tratamos de cuidar el registro hasta en el más mínimo detalle, y la información recabada está indicando una asociación contextual entre tiestos del tipo Ciénaga con los que corresponden a la entidad de La Aguada.

En otras oportunidades también se ha dado cuenta de la presencia simultánea de material clasificado como Ciénaga junto al Aguada. Las interpretaciones han sido diversas.

¹⁰ La presencia de esta clase de objetos en Hualfín, según González y Baldini (1991:28) resultaría excepcional y tendría un carácter intrusivo.

Por ejemplo González y Cowgill (1975:390) dicen que la Fase Casa Vieja (Ciénaga III o de Transición) “[...] *representa la transición entre Ciénaga y Aguada; las tumbas llevan algunos tipos mezclados que pertenecen a una u otra cultura*” (el subrayado no corresponde al original).

También se registró la simultaneidad de Ciénaga-Aguada en muchos de los trabajos realizados en el valle de Ambato (cf. Assandri 1991; Avila y Herrero 1991; Federici 1991; Juez 1991), quienes han producido otra versión interpretativa para esta situación de coexistencia. En estos trabajos la idea síntesis habría quedado expresada en Assandri *et al.* (1991:147):

*“Es evidente que Condorhuasi-Alamito y Ciénaga, tal como lo formulara Heredia (1976-88), y sus equivalentes locales en Ambato, constituyen una base previa en la formación de la entidad Ambato. Esta nueva sociedad es probable que haya surgido a partir de un desarrollo local, a través de un proceso de cambio cualitativo realizado internamente, en que debieron modificarse las relaciones sociales de las comunidades formativas autosuficientes asentadas en ese ámbito, durante el siglo V después de Cristo”*¹¹.

De acuerdo a lo expresado por varios autores, Aguada pudo llegar a constituirse sobre la base de un sustrato Formativo (Núñez Regueiro y Tartusi 1988; Pérez Gollán 1991).

Una ‘relación de parentesco’ entre las entidades Ciénaga y Aguada ha sido sugerida en reiteradas oportunidades. Una parte de Ciénaga pudo haber quedado fundido dentro de las manifestaciones Aguada. Por ejemplo, en un análisis sobre los patrones de diseño de la cerámica Aguada, Florencia Kusch sostiene que:

“Este lento proceso de agudización (sic.) opera sobre patrones formales y decorativos de origen Ciénaga, los que mantienen su vigencia en toda la secuencia. El patrón repetitivo que registramos en muchas piezas de filiación Aguada, se origina en Ciénaga y coexisten con el patrón tripartito que caracteriza a las representaciones de guerreros de La Aguada” (Kusch 1991:19).

Concomitantemente, en ocasiones ha resultado problemática la asignación tipológica de ciertas piezas de cerámica a una u otra entidad en forma inequívoca (véase por ejemplo, las figuras 97, 98, 99, 100, 102, 105 de la obra de González de 1980)¹².

Incluso, se ha planteado que el componente Ciénaga de la sociedad como tal no desapareció por completo en Aguada (v.g. Federici -1991- para el Sitio El Altillo); desde esta otra perspectiva podríamos decir que, la ‘transmutación’ no fue completa.

Según González *“la economía de subsistencia de La Aguada fue básicamente similar a la de Ciénaga”* (1980:173); probablemente esa semejanza habría sido aún mayor durante ese hipotético momento de transición. Pero incluso, la similitud económica (por lo menos pensada desde Hualfín) no pudo llegar a enmascarar los cambios que pudieron acaecer en la Sociedad Ciénaga-Aguada (o sus matices).

¹¹ La línea argumental resulta parcialmente coincidente con la hipótesis formulada por Núñez Regueiro y Tartusi (1988).

¹² Así también Assandri *et al.* (1991 :149) sostienen : *“En un análisis preliminar anterior a este estudio sobre los materiales de la estratigrafía del sitio 1, ya Heredia advirtió que en asociación con lo que nosotros aquí denominamos Ambato, estaba presente otra modalidad negra grabada con motivos decorativos propios de Ciénaga, pero que en cuanto a técnicas y formas no difería substancialmente con la primera. Esta recurrencia de tales rasgos estilísticos en asociación a materiales Ambato, le llevaron a plantear el problema ‘...de si ellos habían sido erróneamente adjudicados a ‘Ciénaga’ cuando en realidad correspondían a un momento inicial de Aguada (Heredia, 1976)”*. Dentro de esta situación incluimos el tipo cerámico Ciénaga/Ambato presentado por Gordillo (1995:63) del cual sostiene que: *“[...] no responde necesariamente (a) una ocupación Ciénaga en el valle; se trata de una modalidad alfarera que reúne técnicas y motivos Ciénaga en piezas de manufactura aparentemente local”*. En este sentido pueden compararse las citas transcriptas de González (1980:375-376) y de Lorandi (1966:150-151) referidas al Estilo I, Figurativo Fantástico o de Laguna Blanca.

Respecto de las similitudes o diferencias económicas, parece ser que la visión desde Ambato es algo distinta. Según plantea Pérez Gollán (1991:161) a finales del siglo V se habría producido un aumento demográfico en relación con cambios socioeconómicos. Consecuentemente, la concepción durante el Formativo, fundada en una producción autosuficiente del grupo doméstico (además de la organización social basada en lazos de parentesco, y de un ceremonialismo de tipo familiar), podrían haber dejado su lugar a las prácticas desde las que justamente se define el Período de Integración Regional. En este sentido, se adoptaron modalidades comunitarias de producción,

“[...] a la vez que (se) organizaron y extendieron los circuitos de intercambio; situación que hizo posible la acumulación de excedentes económicos sobre el que se sustentó, por una parte, ese inédito despliegue de ceremonialismo y, por otra, la constitución del poder político de los ‘jefes’ o ‘señores’” (op. cit.:161-162).

Los datos anteriores nos enfrentan con varias alternativas de interpretación posibles. Como sabemos, la noción de transición implica el pasaje de un estado inicial a uno final; según podemos apreciar, se ha destinado especial esfuerzo en conocer el antes y el después de un hipotético pasaje¹³ (lo Ciénaga y lo Aguada respectivamente), descuidando un poco, el durante. El haber supuesto a Ciénaga y Aguada como dos culturas diferentes, y transeúntes de un tiempo también diferente, pudo llegar a influir en la percepción y conceptualización de esa relación. Por ello, para el estudio de esta relación, en principio habría que despejar la impresión inicial de una **mezcla** aparente (como algo negativo). Podemos percibir un tiempo de cambio como cargado de indefinición, pero ello no nos debe hacer pensar en un tiempo ilegítimo, una demora hasta llegar a ese supuesto estado final (Aguada). Restarle importancia a este tiempo puede limitar la comprensión de uno de los clásicos objetivos de la antropología, como es la explicación del cambio (ya que justamente allí reside su riqueza). En otras palabras, el estudio de las “estabilidades” tendría que ser abordado simultáneamente con el estudio de los procesos sociales de cambio. Podríamos pensar en que este proceso incluyó los actos para ir deconstruyendo la estética de la identidad Ciénaga y transmutarla en una Aguada, lo que podría estar indicando, que justamente ese momento de “transición”, fue un tiempo de cambio que operó principalmente en el plano de las representaciones de esa sociedad.

Pero también estas dos entidades podrían ser entendidas como dos modalidades expresivas relacionadas e interdigitadas desde sus estilos discursivos diferenciales (en parte opuestos y en parte complementarios), surgiendo de las elecciones de una misma sociedad que en su devenir, sufrió ciertos cambios en su estética relacionados con ciertos cambios ideológicos, probablemente concomitantes con cambios en sus relaciones sociales. Ciénaga y Aguada bien pueden ser considerados la expresión del cambio ideológico dentro de la misma sociedad, de allí que los objetos, como un aspecto de la expresión material de la ideología, estarían reflejándolo. Entre otras cuestiones, estas dos modalidades expresivas podrían tener su origen o estar relacionadas con la necesidad de estabilidad de una sociedad o frente al cambio de estructuras, o también, de estilos de representaciones emblemáticas identificatorias, etc.

Tal vez se podría pensar que la conjugación de representación de identidades entre Ciénaga y Aguada, expresada inicialmente en términos de un cambio social de grado y no de clase, dio paso a un proceso de diferenciación ulterior (cambio dialéctico de cantidad a calidad). Vale la pena reflexionar sobre algunos datos que a modo de sugerencias indiciarias podrían componer el mismo hilo argumental. Entre otros datos intentamos conectar el posible corrimiento de Aguada hacia momentos más tempranos (v.g. los fechados obtenidos por Kriscautzky 1995:75), sumado al tipo cerámico Ciénaga/Ambato mencionado por Gordillo (1995:63) en un contexto reconocidamente definitorio para “Aguada”, y relacionarlos con los provenientes de Laguna Blanca de un contexto preponderantemente Ciénaga con presencia Aguada. Esta sintaxis, nos lleva a reflexionar sobre la posibilidad de un tiempo en que las diferencias de grado se fueron acumulando y se tornaron significativas como para producir

¹³ La metáfora del pasaje no debería ser entendida puntualizando únicamente su dimensión temporal, por el contrario la conectividad de relevancia resulta conducida desde el mismo proceso social.

un cambio de clase. En este momento, cabe la posibilidad de que esa Sociedad Ciénaga-Aguada, pudo sufrir diferenciaciones, ocupando en un mismo tiempo, distintas geografías, influyéndose, interactuando, relacionándose en su complementariedad.

A pesar de estos primeros indicios presentados desde Laguna Blanca, todavía falta mucho trabajo por realizar, por ello esperamos haber incorporado también, la prudencia como una herramienta.

Banda de Varela, mayo de 1996.

Agradecimientos:

Este trabajo no hubiera sido posible sin la valiosa e inestimable ayuda de la gente de Laguna Blanca. Particularmente quiero agradecer a Rosalío A. V. y a Simona D. de V. Así como también a Lucio C. G., a Santos F. G., a Fidel G., y a Jerónimo Y.

Así también a los alumnos de la Escuela de Arqueología de la UNCa, Alejandro de Angelis, Ma. Gabriela Granizo, Juan A. Ferreira, Roxana E. Fiant, Marcos N. Quesada, Claudio Revuelta, Marcelo F. Sadir, Ma. Eugenia Turus y a Edith O. Valverdi y a mi colega y amigo Darío R. Iturriza.

También, dejo expresado mi agradecimiento a quienes han colaborado desde las Direcciones de Ganadería y de Antropología de la Provincia de Catamarca.

Finalmente agradezco a la Universidad Nacional de Catamarca, y al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, por el apoyo recibido.

Sin embargo, debo aclarar que, cualquier error u omisión en este trabajo, son de exclusiva responsabilidad del autor.

Bibliografía:

Albeck, Ma. Ester y Ma. Cristina Scattolín

1984 Análisis preliminar de los asentamientos prehispánicos de Laguna Blanca (Catamarca) mediante el uso de la fotografía aérea. Revista del Museo de La Plata (N.S.). Tomo VIII, Antropología 61. Pp. 279-302. La Plata.

Assandri, Susana

1991 Primeros resultados de la excavación en el sitio Martínez 1 (Catamarca, Argentina). Arqueología de Ambato. Publicaciones. 46:53-86. CIFYH, UNC. Córdoba.

Assandri, S.; A. Avila; R. Herrero y S. Juez

1991 Observaciones sobre el estado de conocimiento de la arqueología del Valle de Ambato, Catamarca, Argentina. Arqueología de Ambato. Publicaciones. 46:145-156. CIFYH, UNC. Córdoba.

- Avila, Adela y Rodolfo Herrero
1991 Secuencia estratigráfica 1 del sitio arqueológico Martínez 3, Dpto. Ambato, Catamarca. Arqueología de Ambato. Publicaciones. 46:17-52. CIFYH, UNC. Córdoba.
- Berenger, José R.
1984 Hallazgos La Aguada en San Pedro de Atacama, norte de Chile. Gaceta Arqueológica Andina. N° 12. Lima.
- Cabrera, A. L. y W.A. Willink
1973 Biogeografía de América Latina. OEA. Monografía N° 13. Washington.
- Cajal, Jorge
1988 Organización laboral de comunidades marginadas involucradas en proyectos de ecodesarrollo. CEIL/CONICET. Informe PID. Buenos Aires.
- Cárdenas, Martín
1968 La puna boliviana. Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas. Vol. II. Pp. 3-9. Buenos Aires.
- Cruz, José
1967 Vida y aislamiento. Un enfoque antropológico del ciclo vital en Laguna Blanca, Catamarca. Revista del Museo de La Plata (N.S.) Antropología, tomo VI. Pp. 239-272. La Plata.
- Delfino, Daniel D.
1993 Etnoarqueología de Laguna Blanca. Rehabilitación de tecnología agrícola prehispánica (Dpto. Belén. Catamarca). CONICET. Primer Informe de Beca de Perfeccionamiento.
1995a Mensajes petrificados para la arqueología del presente eterno y la premisa de la Capilla Sixtina. (Jurisdicción de Aguas Calientes, Dpto. Belén. Catamarca). Shincal. 4:67-93. Escuela de Arqueología (UNCa). San Fernando del Valle de Catamarca.
1995b Relevamiento y estudio etnoarqueológico de patrones de asentamiento tradicionales. Implicancias actuales (Dist. Laguna Blanca. Dpto. Belén. Catamarca). Informe Final. SECYT-UNCa. San Fernando del Valle de Catamarca.
1995c Nuevas evidencias arqueológicas para reformular la dinámica sociocultural en Laguna Blanca (Dpto. Belén. Catamarca). Actas del I° Congreso en Investigación Social. Región y Sociedad en Latinoamérica. P. 47. UNT. San Miguel de Tucumán.
- Difrieri, H. A.
1958 Las regiones naturales. La Argentina. Suma de Geografía. Ed. Peuser. Buenos Aires.
- Federici, Leonor
1991 Alfarería del sitio El Altillo, Valle de Ambato, Provincia de Catamarca (Informe preliminar). Arqueología de Ambato. Publicaciones. 46:131-144. CIFYH, UNC. Córdoba.
- Feruglio, Egidio
1946 Los sistemas orográficos de la Argentina. Sociedad Argentina de Estudios Geográficos (GAEA). Tomo IV. Buenos Aires.
- Flores Ochoa, Jorge A.
1977 Pastores de Puna. Uywamichiq Punarunakuna. Comp. J.A. Flores Ochoa. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.
- Forni, F. H.; Ma. I. Tort y L. L. Pessina
1986 El establecimiento de una reserva de vida silvestre en una comunidad de pastores de altura (Laguna Blanca. Dpto. Belén. Catamarca). Actas del II Congreso Argentino de Antropología Social. ICA. UBA. Del 6 al 9 de agosto. Buenos Aires.
- González, Alberto Rex
1954 Investigaciones arqueológicas en el N.O. argentino. Ciencia e Investigación. Vol.10, N° 7. Pp. 322-325. Sociedad Geográfica Americana. Buenos Aires.
1955 Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N.O. argentino. Nota Preliminar. Anales de Arqueología y Etnología. Tomo XI. Pp. 7-32. Mendoza.
1957 Dos fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbon. Publicaciones 2. Pp. 5-19. Instituto de Antropología. UNL. Rosario.

- 1959 Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbon, (II). Ciencia e Investigación. Tomo 15, N° 6. Pp.184-190. Buenos Aires.
- 1960 Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbon, IV. Revista del Instituto de Antropología de Córdoba. Tomo 1. Pp. 303-331. UNC. Córdoba.
- 1961-1964 La Cultura de La Aguada del N.O. Argentino. Revista del Instituto de Antropología de Córdoba. Tomo 2 y 3. Pp. 205-252. UNC. Córdoba.
- 1963 Las tradiciones alfareras del Período Temprano del N.O. argentino y sus relaciones con las de las áreas aledañas. Anales de la Universidad del Norte de Antofagasta. 2:49-65. Antofagasta.
- 1980 Arte Precolombino de la Argentina. Introducción a su Historia Cultural. Filmediciones Valero. Buenos Aires.
- González, A.R. y Marta I. Baldini
- 1991 Función y significado de un ceramio de la Cultura de La Aguada: Ensayo de interpretación. Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino. 5:23-52. Santiago de Chile.
- 1992 La Aguada y el proceso cultural del NOA: origen y relaciones con el área andina. Contribución Arqueológica. 4:7-17. Museo Regional de Atacama. Copiapó.
- González, A.R. y George L. Cowgill
- 1975 Cronología arqueológica del valle de Hualfín, Pcia. de Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina. 23 al 28 de mayo de 1970. Pp. 383-404. Buenos Aires.
- González, A. R. y José A. Pérez
- 1966 El área andina meridional. XXXVI Congreso Internacional de Americanistas. 1:241-265. Sevilla.
- 1976 Argentina Indígena, Vísperas de la Conquista. Colección Historia Argentina, N° 1. Paidós. Buenos Aires.
- Gordillo, Inés
- 1995 Arquitectura y religión en Ambato: organización socio-espacial del ceremonialismo. Publicaciones. 47:55-109. CIFYH, UNC. Córdoba.
- Horkheimer, Hans
- 1990 Alimentación y Obtención de Alimentos en los Andes Prehispánicos. Hisbol. La Paz.
- Juez, Sofía
- 1991 Unidad arqueológica Rodeo Grande, Valle de Ambato: excavación en el sitio Martínez 2. Arqueología de Ambato. Publicaciones. 46:87-130. CIFYH, UNC. Córdoba.
- Kriscautzky, Néstor
- 1995 Avances en la arqueología del formativo inferior en el Valle de Catamarca. Revista de Ciencia y Técnica. Vol. II. 2:65-82. San Fernando del Valle de Catamarca.
- Kusch, Ma. Florencia
- 1991 Forma, diseño y figuración en la cerámica pintada y grabada de la Aguada. El Arte Rupestre en la Arqueología Contemporánea. Ed. M.M. Podestá, S.F. Hernández Llosas y S.F. Renard de Coquet. Pp. 14-24. Buenos Aires.
- Lorandi, Ana María
- 1966 El arte rupestre del Noroeste argentino. Dédalo. Revista de Arte e Arqueología. Año 2. 4:15-172. São Paulo.
- Llagostera M., Agustín
- 1995 El componente cultural Aguada en San Pedro de Atacama. Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino. 6:9-34. Santiago de Chile.
- Núñez Atencio, Lautaro y Tom Dillehay
- 1995 Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica. Ensayo. Universidad Católica del Norte. Antofagasta.
- Núñez Regueiro, Víctor A. y Marta R. A. Tartusi
- 1988 El área pedemontana y su significación para el desarrollo del NOA, en el contexto sudamericano. Actas del 46 Congreso Internacional de Americanistas. Amsterdam.
- Olivera, Daniel E.

- 1991 El Formativo en Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina). Análisis de sus posibles relaciones con contextos arqueológicos Agro-alfareros Tempranos del Noroeste Argentino y Norte de Chile. Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Tomo II. Pp. 61-78. Santiago de Chile.
- Olmos, Ramón R.
1992 Historia de Catamarca. Ed. Sarquis. San Fernando del Valle de Catamarca.
- País, Federico
1955 Viaje a Laguna Blanca. Crónica e impresiones. VIII - Los antiguos. Diario La Unión. Viernes 18 de marzo. Pp. 2, 4. San Fernando del Valle de Catamarca.
- Pérez Gollán, José A.
1991 La cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato. Arqueología de Ambato. Publicaciones. 46:157-173. CIFYH, UNC. Córdoba.
- Pérez Gollán, José A. y Osvaldo R. Heredia
1987 Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada. Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología. 12:161-178. Buenos Aires.
- Podestá, Ma. M.; L. Manzi; A. Horsey y Ma. P. Falchi
1991 Función e interpretación a través del análisis temático en el arte rupestre. El Arte Rupestre en la Arqueología Contemporánea. Ed. M.M. Podestá, S.F. Hernández Llosas y S.F. Renard de Coquet. Pp. 40-52. Buenos Aires.
- Raffino, Rodolfo A.
1982 Los Incas del Kollasuyu. Ed. Ramos Americana. La Plata.
- Tarragó, Myriam N.
1984 La historia de los pueblos circumpuneños en relación con el Altiplano y los Andes Meridionales. Estudios Atacameños. 7:116-132. Universidad Nacional del Norte. San Pedro de Atacama.
- Togo, José
1979 Atlas Arqueológico de la Provincia de Catamarca. Dirección Provincial de Cultura. Copia mecanografiada. San Fernando del Valle de Catamarca.
- Turner, Juan Carlos M.
1973 Descripción geológica de la Hoja 11 d., Laguna Blanca. Boletín N° 142 del Servicio Geológico Minero. Subsecretaría de Minería. Ministerio de Industria y Minería. Buenos Aires.
- Weiser, Vladimiro
1923-1924 Diarios de viaje (M.S.) de la Vª y VIª Expedición Arqueológica. Archivo del Museo de Ciencias Naturales de La Plata (UNLP). División Arqueología. Números del registro fotográfico: 508 a 537 y 1044 a 1106. La Plata.